



Daniele Mencarelli

LA CASA
DE LAS
MIRADAS



Literaria

18

Serie dirigida por Guadalupe Arbona

Daniele Mencarelli

La casa de las miradas

Traducción de Marta Graupera Canal



Título en idioma original: *La casa degli sguardi*

© Mondadori Libri, S.p.A., Milán 2020

© de la edición en castellano: Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2020

Traducción de Marta Graupera Canal

Un agradecimiento especial a Maria Cristina Olati,
que ha cuidado la edición del texto original.

Esta novela es fruto de la imaginación. La mirada del narrador ha transfigurado la crónica de los hechos y los personajes realmente existentes o existidos. Por lo demás, toda referencia a personas y hechos reales se debe considerar casual.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugraf-Madrid

ISBN: 978-84-1339-043-7

Depósito Legal: M-27362-2020

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

A los luchadores

EL PUEBLO

No es un despertar. Es un estremecimiento.

Cada mañana me encuentro tirado en la cama, con una congoja que me oprime la garganta, con palpitaciones, con un temblor continuo que me sacude el cuerpo, un delirio de movimientos.

«No recuerdo nada». Es la frase que repito todas las mañanas.

«No recordar nada». Es mi objetivo cada noche.

Me levanto con movimientos bruscos y repentinos, como un autómatas sin coordinación ni coordenadas, llevo los pantalones meados, aparto con el pie el orinal que mi madre ha puesto junto a mi cama, está vacío, como siempre.

Son las seis de la mañana, respiro como si acabara de salir a flote desde lo hondo de un océano negro, sin sonidos, sin sueños.

Ella está allí, dormida sobre los tres escalones que suben a mi habitación. Cómo es posible dormir tumbado en tres escalones solo lo sabe la desesperación. Mi madre es una zahorí desafortunada, para ella el agua son tres hijos a los que cuidar, pero uno, el último, le salió con una enfermedad invisible en

el cerebro, o en el corazón, o en toda la sangre que circula por su cuerpo.

Mi madre se levanta desasosegada, con dolor, tiene un brazo entumecido, parece una contorsionista al final del espectáculo, me mira como si estuviese esperando algo, una novedad que no se hace realidad.

Un día me olvidaré incluso de ella, ya no amaré nada, porque no puedo defender nada, no puedo salvar nada. Si es así, que se acabe el mundo, que se acabe todo, no quiero ver morir a mi madre, ni a mi padre, ni ver cómo todo arde en la nada.

Médicos caros me pasaron revista, pero no indicaron una solución posible más allá de tomar pastillas y de horas de terapia, más allá de dar diferentes nombres a lo que se supone que tengo o dejo de tener. Maníaco depresivo. *Borderline*. Trastorno de personalidad. Síndrome de ansiedad generalizada. Y otros nombres que el olvido engulló.

Y, sin embargo, yo no estoy enfermo, estoy más que vivo, desmesuradamente vivo, como una bestia más consciente que las demás bestias. Actualmente ya no está permitido que los hombres nos hagamos preguntas, que abracemos hasta el final la insensatez sobre la que hemos construido certezas absurdas. La vida, el trabajo, el formar una familia... en todo esto tienes que creer, como un soldado en guerra. Como ignorando que una cosa de nada puede desencadenar el destino, terminar con todo. Porque todo termina, no queda nada. Esta nada es lo que me mata, lo que me ha llevado a este presente tan vacío. Bastaría con que dejase de preguntar, de buscar, bastaría con que fingiese no sentir en todas partes la ausencia de algo, de alguien.

Una ausencia inmensa, que vuelve infeliz incluso el amor.

Mucha gente me dice que escriba, que vuelque todo allí.

Porque yo escribo poesías, hace un par de años publiqué algunas en una revista de literatura, y a partir de ahí en otras. Muchos aprecian mi obra, incluso poetas importantes.

La poesía permite dar testimonio del dolor, pero no lo cura. Las palabras siempre me han acompañado, son cristal y raíz, viaje y cuchilla, lo son todo menos medicina. La poesía no cura, a lo sumo abre, descose la herida, destapa. Pero ya no tengo fuerzas para hacer poesía.

Miro mi imagen en el espejo, el pecho cubierto de quemaduras de los cigarrillos que se me caen cuando me duermo, en la frente un moratón que me hice quién sabe cómo. Tengo veinticinco años, de los últimos cuatro solo tengo esta imagen en el espejo. Y luego el dolor que me ha hecho llorar, y todo ese llanto en el pecho de un padre y una madre, de un hermano y una hermana, sus vidas interrumpidas por mi caída, perfecta como el salto de un campeón olímpico.

Cuatro años logré borrarlos de la memoria, poco a poco lo borraré todo.

2

Más que una enfermedad, es un destino. Una extrañeza infame. Lo que en otros se convierte en tesoro, en mí se transforma en dolor. Es el destino de quien nació para sucumbir.

Mientras que los demás a la nostalgia le sonrían, yo lloro, el recuerdo es un veneno que no sé dosificar, me quema dentro desde que era un niño que quería volver atrás, atrás, hasta el tiempo de una felicidad remota, como de una infancia que nunca viví.

Mientras que los demás gozan del amor que dan y reciben, yo sufro, en mí sucede algo incomprensible que me hace vivir perennemente el amor en el umbral del adiós. No acepto que aquello que amo pueda dejarme, que exista un tiempo para vivir y morir, mis amores tienen la profundidad del universo y nadie me los debería tocar. Pero no es así.

Los hombres dejan de vivir como si fuese natural, se dan por vencidos ante la muerte y nada pueden hacer.

Mis amores mueren cada día. El miedo hace girar como una noria las imágenes en mi cabeza. Ahí cobran vida crueles escenas, ahí mis amores acaban en tragedia, y yo sufro como si esas visiones fueran de carne y hueso.

El miedo es mi demonio, antes de que lo viva lo transforma todo en un desastre que ya estaba escrito, con él he perdido el combate antes de empezar.

Entonces, a curarse.

Métase en el cuerpo la medicina que hace olvidar, que mata el miedo.

Y las medicinas las he probado todas, hasta esta última. Ahora salgo para beber y bebo para salir.

En el certificado del último ingreso el médico escribió: «Abuso de alcohol como adicción secundaria respecto a sustancias estupefacientes».

Me matará una adicción de segunda, la última carta de la baraja.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, que ha vivido y sufrido.

A Davide Rondoni, porque la amistad es una cuestión de gestos. A Francesco Silvano, que confió el hospital a mis palabras.

A todos los trabajadores que no olvido.

A Jesús, Carlos, Marta, los amigos españoles que han creído en este libro.

A mi mujer Piera, que recogió a un muchacho extravagante y lo ha transformado en un hombre.

A mis hijos, que un día comprenderán.

A los niños del hospital pediátrico Bambino Gesù, a sus padres,

por la sangre que nos une,

porque no tengo otro modo para dar testimonio.

ÍNDICE

EL PUEBLO	7
1.....	9
2.....	13
3.....	15
4.....	19
5.....	23
6.....	35
7.....	49
8.....	65
9.....	77
10.....	93
11.....	105
12.....	113
TOCTOC.....	127
13.....	129
14.....	139
15.....	153
16.....	165

NO CIERRES LOS OJOS.....	167
17.....	169
18.....	185
19.....	197
20.....	211
21.....	219
22.....	227
23.....	231
24.....	235
25.....	243
26.....	249
27.....	255
28.....	263
29.....	267
INÉDITO, 2018.....	269
Agradecimientos.....	273

Daniele es un joven poeta en profunda crisis, trastocado por una «enfermedad invisible» que le ha generado una fuerte dependencia del alcohol y ha arrastrado a su familia a habitar un infierno. Sin embargo, la oportunidad de un trabajo en el servicio de limpieza en un hospital pediátrico de Roma abrirá una perspectiva nueva en su vida. El hospital se convertirá para Daniele en una casa particular, en la que irá encontrando miradas que le herirán y le empujarán a plantearse preguntas incómodas sobre el sufrimiento y el dolor. Pero que también le brindarán respuestas.

Con la precisión y la maestría propias del poeta, Daniele Mencarelli nos ofrece este impactante relato de tintes autobiográficos con el que transitar el portentoso camino de quien vuelve a nacer tras vivir inmerso en una espiral de soledad, abandono y oscuridad.

«La belleza absoluta y la magia de la palabra escrita están en este libro». (Elena Giorgi, *La lettrice geniale*).

«Mencarelli nos enseña, como solo puede hacerlo quien ha sido golpeado por la vida, qué difícil —pero qué necesario— es escribir la alegría, describir el propio renacer». (Davide Brullo, *Il Giornale*).

«Cuando un poeta se pone a escribir una novela y tiene una historia impactante que contar, el resultado es una pequeña obra maestra». (Daria Bignardi, *Vanity Fair*).



ISBN: 978-84-1339-043-7



9 788413 390437